

D. DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, ménos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar quando se lo manden, un sí, perjuero, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya estan bien criadas: y se llama excelente educacion la que inspira en ellas, el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad.... Todo eso es cierto.... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da.... Pero el motivo de mi afficcion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea qual fuere, hija mia, es menester que usted se anime.... Si la ve á usted su madre de esa manera, qué ha de decir?.... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí.... No abandonarse tanto.... Confianza en Dios.... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes, como la imaginacion las pinta.... Mire usted qué desórden este! Qué agitacion! Qué lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse, así.... Con cierta serenidad y.... Eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, Señor.... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quien

he de volver los ojos? Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de usted..... Yo..... Cómo es posible que yo la abandonase..... Criatura! En la situacion dolorosa en que la veo?*

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.†

D. DIEGO.

Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé..... Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!.....

* Asiéndola de las manos.

† Quiere arrodillarse, D. Diego se lo estorba y ámbos se levantan.

No, ingrata no, infeliz.... Ay! qué infeliz soy, Señor D. Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo.... Lo demas todo ha sido..... Qué sé yo?..... Una equivocacion mia, y no otra cosa..... Pero usted, inocente! Usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos.... No viene usted?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.*

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

* Encaminándose al quarto de Doña Irene, vuelve y se despide de D. Diego besándole las manos.

ESCENA IX.

Simon, D. Diego.

SIMON.

Ahí estan, Señor.

D. DIEGO.

Qué dices?

SIMON.

Quando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuviéron, y apenas llegué y le dixé al Señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está abaxo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisara yo: por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. DIEGO.

Y qué dixo, quando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra.... Muerto viene....
Ya digo, ni una palabra.... Á mí me ha dado compasion el verle, así, tan....

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

Yo, Señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo.... Compasion!
.... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida
.... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, Señor.*

* Vase por la puerta del foro. D. Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.

D. DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

D. Carlos, D. Diego.

D. DIEGO.

Venga usted acá, Señorito, venga usted . . .
En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CÁRLOS.

En el meson de afuera.*

D. DIEGO.

Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

D. CÁRLOS.

Sí, Señor, entré en la Ciudad y . . .

D. DIEGO.

¿A qué . . . Siéntese usted.

* Meson fuera de la Ciudad.

D. CÁRLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto* . . .

D. DIEGO.

Precision!

D. CÁRLOS.

Sí, Señor . . . Le debo muchas atenciones, y
no era posible volverme á Zaragoza, sin estar
primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por
medio . . . Pero venirle á ver á las tres de la
mañana, me parece mucho desacuerdo . . . Por-
qué no le escribiste un papel? . . . Mira, aquí
he de tener . . . Con este papel que le hubieras
enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad
de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.†

D. CÁRLOS.

Pues si todo lo sabe usted, para qué me
llama? ¿Porqué no me permite seguir mi ca-

* Siéntase.

† Dándole el papel que tiraron á la ventana. D. Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.

mino y se evitaria una contestacion, de la qual ni usted ni yo quedarémos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. CÁRLOS.

Para qué saber mas?

D. DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. Oyga!

D. CÁRLOS.

Bien está.

D. DIEGO.

Siéntate ahí*.... En donde has conocido á esta niña?.... Qué amor es este? Qué circunstancias han ocurrido? Qué obligaciones hay entre los dos? Donde, quando la viste?

D. CÁRLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalaxara, sin ánimo de detenerme; pero

* Siéntase D. Carlos.

el Intendente, en cuya casa de campo nos apeámos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiéndome que al siguiente, me dexaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la Señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco.... Y no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos.... El Intendente dixo entre otras cosas.... burlándose.... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba D. Félix de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella Ciudad; evitando que llegase á noticia de usted.... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y quando por la noche nos separámos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fuéron muchos. En fin.... Pero, no quisiera ofender á usted refiriéndole..

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CÁRLOS.

Supé que era hija de una Señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la Ciudad, fácilmente iba y venia de noche Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que miéntras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya Vamos, sigue adelante.

D. CÁRLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos La seña era dar tres palmadas, á las quales respondian con otras tres. desde una ventanilla que daba al corral de las Monjas. Hablábamos todas las noches: muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dexan entender

. . . . Siempre fuí para ella D. Félix de Toledo, Oficial de un Regimiento, estimado de mis Xefes y hombre de honor. Nunca la dixé mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas; ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dexé rendida á un desmayo mortal, y me fuí, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba Sus cartas consoláron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dixo, como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalaxara; no la encontré, vine aquí Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decírselo.

D. DIEGO.

Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CÁRLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni.... eso no.... Solo su consentimiento y su bendición, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CÁRLOS.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento. Ella.... Y sean las que fueren las promesas que á ti hizo.... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que....

D. CÁRLOS.

Pero no el corazón.*

D. DIEGO.

Qué dices?

D. CÁRLOS.

No, eso no.... Sería ofenderla.... Usted celebrará sus bodas quando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte.... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías.... Yo, yo seré la causa.... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

Qué temeridad es esta?†

* Levántase.

† Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia D. Carlos, el qual se va retirando.

D. CÁRLOS.

Ya se lo dixé á usted Era imposible que yo hablase una palabra, sin ofenderle Pero, acabemos esta odiosa conversacion Viva usted feliz y no me aborrezca : que yo, en nada le he querido disgustar La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente Pero, no se me niegue, á lo ménos, el consuelo de saber que usted me perdona.

D. DIEGO.

Con que en efecto te vas ?

D. CÁRLOS.

Al instante, Señor Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Porqué ?

D. CÁRLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar Entonces

D. DIEGO.

Qué quieres decir ?*

D. CÁRLOS.

Nada Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO.

Cárlos! Qué horror! Y tienes corazon para decírmelo?

D. CÁRLOS.

Alguien viene† Tal vez será ella Quede usted con Dios.

D. DIEGO.

Adonde vas? No, Señor, no has de irte.

D. CÁRLOS.

Es preciso Yo no he de verla Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

* Asiendo de un brazo á D. Cárlos, le hace venir mas adelante.

† Mirando con inquietud hácia el cuarto de Doña Irene, se desprende de D. Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. D. Diego va detras de él y quiere impedirselo.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser.... Entra en ese cuarto.

D. CÁRLOS.

Pero si.....

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.*

ESCENA XI.

Doña Irene, D. Diego.

DOÑA IRENE.

Con que, Señor D. Diego, es ya la de vámonos?... Buenos días... Reza usted?

D. DIEGO.

Sí, para rezar estoy ahora.‡

* Éntrase D. Carlos en el cuarto de D. Diego.

† Apaga la luz que está sobre la mesa.

‡ Paseándose con inquietud.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al Mayoral, para que enganchen luego que.... Pero qué tiene usted, Señor? Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no dexa de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué.... Dígalo usted por Dios.... Vaya, vaya!.... No sabe usted lo asustada que estoy.... Qualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me.... Desde el último malparto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios.... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo, qualquiera friolera me trastorna.... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos: nada me ha servido, de manera que....

D. DIEGO.

Vamos: ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar.... Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted.... Y no hay que asustarse ni alborotarse* por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio, quando mas le necesitamos.... Su hija de usted está enamorada....

DOÑA IRENE.

Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, Señor, que lo está, y bastaba que yo lo dixese para que....

D. DIEGO.

Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! ... Déxeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

* Siéntanse los dos.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

Qué dice usted?

D. DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero quien le ha contado á usted esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y quando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad.... Vaya qué llanto es ese?

DOÑA IRENE.

Pobre de mí!*

D. DIEGO.

Á que viene eso?

* Lloro.